

LA EXPRESIÓN DE LA CULTURA EN *MI CARTA MÁS LARGA* DE MARIAMA BÂ E *HISTORIA DE UNA ESCALERA* DE ANTONIO BUERO VALLEJO

Mamadou MANE

Docteur en littérature espagnole
Université Gaston Berger de Saint-Louis
manemamadou846@yahoo.fr

Resumen: Las obras *Mi carta más larga* e *Historia de una escalera* son una forma de análisis de la sociedad humana en sus vidas y milagros. A partir de los ritos funerarios hasta las formas de casamientos, se vislumbra el panorama de la cultura del ser humano. En esto, lo que parece cultura no es una pura religión ni una mera práctica del tradicionalismo. Es una mezcla entre los dogmas religiosos, las creencias y la voluntad del ser humano guiado por sus propios instintos. A través de la sociocrítica, se trata de mostrar la manera cómo se expresan las realidades culturales en ambas obras literarias de nuestro corpus.

Palabras clave: casamientos, cultura, ritos, sociedad

THE EXPRESSION OF THE CULTURE IN *MI CARTA MÁS LARGA* BY MARIAMA BÂ AND *HISTORIA DE UNA ESCALERA* BY ANTONIO BUERO VALLEJO

Abstract: The novels *Mi carta más larga* and *Historia de una escalera* are a form of analysis of human society in her actions and gestures. From the funeral rites up to the form of marriages, we notice the panorama of the culture of the human being. Therein what seems to be culture is not a pure religion nor a simple practice of tradicionalism. It's a blend between religious dogmas, beliefs and the willingness of the human being guided by his own instnct. Through the sociocriticism, it's about showing how appear the cultural reality in these novels of our corpus.

Keywords: culture, marriages, rites, society

Introducción

La segunda mitad del siglo XX merece para cualquier intelectual una atención que consiste en detenerse por poco que sea para reflexionar sobre la evolución de la existencia humana. No cabe duda alguna que lo hicieron antes muchos escritores en Europa. En *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes, aunque sea de manera disfrazada, contextualiza a la sociedad española conforme a la realidad. En *Nœuds de vipères*, François Mauriac inmortaliza el sistema del funcionamiento de la burguesía francesa del siglo XVI. En África, hasta aquel entonces, no sentimos mucho la efervescencia de la elite literaria. Habrá que esperar quizás los finales de este siglo para ver las primeras chispas intelectuales que, en África como en España (en este caso muy preciso con el teatro), orientan la literatura hacia una nueva visión marcada por la cuestión de la humanidad y el

porvenir del mundo. En esto, huelga romperse los sesos devorando con la vista los renglones históricos para comprender este mundo en cuyo centro está la humanidad con sus vidas y sus milagros. Basta con combinar a estos mayores y muy comprometidos ingenios, Mariama Bâ y Antonio Buero Vallejo con respectivamente sus obras *Mi carta más larga* e *Historia de una escalera* para tener un compendio rico en muchos ámbitos sin olvidar el otro aspecto del ser humano: la cultura, una identidad de la sociedad. La elección de nuestro tema se justifica por el carácter de ambos autores quienes analizan a la sociedad, y en sus intenciones de radiografiar y denunciar, insertan partes de la cultura humana en sus obras literarias. A manera de problemática, podemos hacer estas preguntas: ¿qué aspectos culturales aparecen más en estas dos obras? ¿Cómo vienen pintados en ambas tramas dramáticas? Planteada así, nuestra problemática destaca en la hipótesis según la cual, el análisis de las obras *Mi carta más larga* e *Historia de una escalera* ofrece un testimonio panorámico relativo a la cultura de la sociedad senegalesa musulmana y de la sociedad europea particularmente española. Asimismo, a través de la sociocrítica, en vaivenes entre el análisis de la cultura humana y la interpretación de las tramas literarias, querremos destacar al ser humano en sus realidades culturales como parte básica de ambas obras literarias. Para llevar a cabo nuestro trabajo de investigación, como primera parte, nos proponemos llevar una reflexión en torno a los ritos funerarios. La segunda parte se centrará en el casamiento.

1. En torno a los rituales funerarios

En la vida, las personas no mueren de la misma manera. Nuestros instintos y la profesión ejercida son cosas que a menudo conducen a cada ser humano a las circunstancias de su muerte. Los desplazamientos de un lugar a otro se transforman a veces en océanos donde se ahoga la vida de muchas personas: aviones que caen, barcos que se echan a pique, coches que se chocan unos con otros. He allí otra faceta de los progresos científicos que corren parejas con una fuerza destructiva de la vida humana. Fuera de estos cataclismos, la mili es un servicio que, sin duda alguna, presenta circunstancias en las que de un solo golpe, muchas almas humanas pueden expiar. Si la muerte acaece en tales circunstancias, la sociedad tiene poca suerte para cumplir con las exigencias religiosas a propósito de un difunto. Lógicamente, en cualquier sociedad que sea animista, cristiana o musulmana, existe una práctica respetada por todos cuando muere una persona. Uno puede negarse tal y cual religión para seguir otra o quedarse en la tradición animista. Eso es algo frecuente visto que hasta ahora sigue existiendo buena porción de animistas en el mundo. Sin embargo, la muerte es un misterio que nadie puede negarse. Cada día, mueren seres humanos y durante las ceremonias, hay etapas que creyentes cristianos, musulmanes y no creyentes como animistas conocen y comparten. Es el caso de la limpieza funeraria, uno de los ritos entre los muchos que Bâ trata en su novela con la ocasión de la muerte súbita de Modou Fall, marido de la narradora a quien se identifica la autora. Este luto es, para la novelista, sufrimiento e inspiración que llevan al arraigamiento de un pensamiento que ilumina la visión del panorama cultural senegalesa regida en parte por el peso de la influencia de la religión islámica. Queremos empezar con esta limpieza funeraria porque nuestras reflexiones dependen mucho de las líneas rituales enfocadas por esta escritora en

su recreación de un fragmento cultural de su país, y más allá, de la religión musulmana. Pero antes de nada queremos enfocar la situación lindante de Senegal donde ocurre la trama novelesca. Eso nos permitirá entender más el aspecto cultural en la novela de nuestro corpus.

Geográficamente, nuestro Senegal situado en África del Oeste comparte fronteras con grandes países musulmanes. Al respecto, podemos citar a Mali, Guinea Conakry y Mauritania. Pero es también lindante de Guinea Bisau, un país donde dominan el cristianismo y el animismo. Es pues muy probable, con los desplazamientos y las afinidades, que la sociedad senegalesa sea cosmopolita con componentes derivados de las culturas y de los países que lo circundan. No nos vamos a demorar en eso, ya que lo primordial es pisarle los pasos a la narradora en la radiografía cultural de una sociedad senegalesa, y particularmente musulmana cuando llega el momento de proceder a los ritos funerarios. La limpieza de un difunto, una etapa con la cual en realidad empieza el aspecto cultural en *Mi carta más larga*, no se hace de cualquier manera y tampoco por cualquier persona. En sus libros sagrados, las religiones reveladas guían al ser humano en su actitud y las realidades que superan la mera inteligencia humana. Eso hace que en la vida, con arreglo al respeto de las exigencias islámicas, ninguna persona practicante vive por sí solo y a su gusto. Cada persona vive sumisa al islamismo y guiado por las normas de esta religión. Los musulmanes se orientan hacia el Este, dirección de la Meca para la oración a partir de 623 “cuando el profeta desistió de convertir a judíos y cristianos al Islam, tomando como referencia la Kaba de la Meca.”(Asin Palacios, 1932:89). Como dirección de la pureza, hacia la Meca orientan a los finados. Asimismo, para limpiar el cuerpo de un difunto, hay una posición y procesos que los musulmanes respetan. Después de poner el difunto con la cabeza orientada al Este, lo lavan tres veces para luego envolver el cuerpo en un traje blanco. Esta limpieza en tres veces es obligatoria si el estado del cuerpo del difunto presenta situaciones que lo necesitan. Dado el caso, se procede a una primera limpieza con agua sin añadir ni jabón ni cualquier otra cosa. Esta primera fase es muy importante y complicada por ser una etapa que exige el respeto del proceso en todo el cuerpo del muerto. De ahí el gran interés de elegir a personas quienes no pueden cometer errores, sabiendo que la limpieza funeraria empieza con la cabeza, luego encima con la derecha y la izquierda para terminar con las partes bajas. Después de la primera limpieza, se pueden añadir sucesivamente otras dos según el estado del cuerpo del fenecido. Pero no debe ser par el número de limpiezas. Eso es una recomendación islámica. Y tras la última limpieza, se puede perfumar el cuerpo del difunto. Este proceso es común a la limpieza de los difuntos masculinos y femeninos. Al respecto, Longas(1990: 86) afirma que “tras el lavado ritual y purificador del cuerpo se procedía a su amortajamiento envolviéndole en un número impar de lienzos blancos(tres, cinco, siete) además de incorporar siempre que fuese posible camisa, un turbante que cubriese la cabeza.” Sin embargo, si se trata de una mujer, además de todo eso, se le deshacen la trenza para limpiar los pelos luego le trenzan otra vez la cabeza en tres partes desde la frente hacia detrás. Para cualquier musulmán, en las partes de prosternación como la frente, la nariz, las manos, las rodillas y los pies, se pone el agua de colonia.

La muerte es una continuidad de la vida humana en otro mundo más allá del planeta terrestre. Este viaje necesita una preparación que explica todo el empeño de las personas en tratar con todo el afecto posible el cuerpo de una persona fallecida. En la novela de Bâ, la narradora se aprovecha de la ocasión de la muerte de su marido para exponer la visión cultural senegalesa en una sociedad musulmana. Con la intención de radiografiar la identidad cultural mediante la muerte de su marido, la narradora hace una recreación testimonial de una sociedad que evoluciona bajo la influencia islámica. Verdad que, en África, cada grupo étnico forma una sociedad aparte muy reconocible por las realidades que pululan en sus venas culturales. Pero, a pesar de esta categorización étnica y del arraigamiento de cada grupo en sus valores tradicionales, todas las sociedades africanas han sufrido una operación en su panteón cultural interceptando los valores de una nueva cultura. Esta última no es derivada de las divinidades sino de las recomendaciones prescritas por Dios en los textos sagrados a propósito de ciertas cosas tales y como las ceremonias funerarias. De hecho, con la muerte de Modou Fall, es toda una faceta de la cultura islámica escarbada por Bâ cuando termina la estancia del ser humano en la vida terrenal. En eso, todos los musulmanes, a pesar de la diversidad social, comparten una misma identidad, porque en el Corán, están las leyes que rigen el funcionamiento de esta religión. La novelista, Bâ, mediante la narradora nos pone en el centro de esta cultura musulmana que, después de limpiar el cuerpo de una persona muerta, ordena que lo pongan en un traje blanco que debe tener un número de metros impares. Pueden ser tres, cinco o siete según las necesidades. Es esta cultura islámica que la novelista recrea a través de las circunstancias de la muerte de Modou Fall:

Aissatou, Modou Fall está realmente muerto. Prueba de ello es el desfile incesante de hombres y mujeres que “se han enterado” y los gritos y llantos que rodean. Esta situación de extrema tensión que me agudiza el sufrimiento persistirá hasta mañana, día del entierro. [...] ¡Que río hormigueante de seres humanos llegados de todas las regiones del país hasta donde la radio había llevado la noticia! [...] Algunas mujeres que se afanan en amortajarle son de la familia cercana. Para el aseo mortuorio han de llevar al hospital incienso, agua de colonia y algodón. Depositán cuidadosamente en un cesto nuevo los siete metros de percal blanco, único atuendo autorizado para un muerto musulmán. Tampoco se olvida el *zem zem*, agua llegada de los lugares Santos del Islam, piadosamente guardada para cada familia. Se eligen paños ricos y oscuros para cubrir a Modou.

Bâ (1982:13)

En el mundo musulmán, la limpieza fúnebre se hace por pocas personas del mismo sexo. En ciertas familias son los familiares o los amigos del difunto que se ajetrean a este servicio. Es preferible, si es posible, que la viuda bañe a su pareja. Eso no es una exigencia sino cosas de secretos que deben limitarse al marido o a la mujer. Porque a la hora de morir nadie puede adivinar su propio estado corporal. Los hay que, al expiar, tienen deformaciones. En África, cuando una persona muere de esta manera, la limpieza de su cuerpo puede suscitar mucha curiosidad y aun muchos comentarios. A menudo, la gente piensa que el difunto era una mala persona o una persona bruja, y que la descomposición de su cuerpo es signo del duro castigo que le espera. Y hoy en día, nadie quiere pegar una mala etiqueta a su difunto aunque sea el que más ha cometido una maldad en la vida. Por

eso en muchas familias, se enseñan a personas mujeres como hombres cómo proceder a la limpieza del cuerpo de un difunto. De este modo, cuando muere una persona, la limpieza se hace por los familiares. Cabe mencionar que este proceso depende mucho de los lugares del fallecimiento de la persona. El itinerario puede ser el mismo en las ciudades y en los pueblos, pero los necesarios a la limpieza pueden variar según la posición geográfica, la disponibilidad de los requisitos y según también la situación financiera de la familia del difunto. En las ciudades, existen personas formadas específicamente para la limpieza de los difuntos, y los materiales como el agua de colonia y el algodón son comprados por los familiares. En la novela de Bâ como radiografía de los ritos funerarios, la excepción cae en la sensibilidad y la fraternidad de la sociedad. Porque no es solamente la familia directa que se ocupa de todos los trámites relativos a los rituales hasta la sepultura. Son también allegados del difunto que se implican mucho para que todas las etapas funerarias se hagan correctamente: “algunas mujeres que se afanan en amortajarle son de la familia cercana.”(Bâ, 1982:13). Lo que podemos notar en trama novelesca de *Mi carta más larga* es que Bâ cuenta las realidades funerarias basadas en el Islam sin tomar en cuenta el aspecto rústico de la cultura. Porque aunque es un factor común, existe una diferencia en los rituales entre ciudad y pueblo. En el pueblo, vive a menudo gente pobre que no tiene bastantes recursos financieros para tomar a su disposición todo lo necesario que permite cumplir con las exigencias islámicas. Allí, lo más destacable cuando muere una persona, es la concertación entre los notables que eligen a unas personas para cumplir con la limpieza del difunto. Debido a la falta de los medios financieros, la limpieza se hace a menudo con agua y jabón. Cabe recordar que en Senegal, la sociedad es por la mayoría musulmana. Pero, antes del asentamiento de las bases de la religión musulmana, en nuestro Senegal tal y como en muchos otros países africanos, la sociedad tenía sus propias creencias. Cada etnia era y sigue siendo una sociedad aparte con sus propias realidades en forma de creencias a menudo relacionadas con el misticismo. Y más, para muchas personas, los muertos tienen una influencia en la evolución de los vivos, y piensan que la muerte es un paso desde donde los muertos se ofrecen una misión de amparar a los vivos:

La mayoría de los criterios que definen el culto, no serán expresados o reflejados en la práctica, ya que los ritos religiosos o funerarios serán determinados por el sistema social predominante y el uso que dan los vivos a su propia ideología estando condicionados por las creencias religiosas del momento y la cultura en cuestión.

Lozoya (2006:14)

Por eso en *Mi carta más larga* de Bâ, los rituales funerarios se observan y analizan mucho en los vivos a partir de sus cambios de portarse. Hemos visto, a diferencia de antes, cómo está la viuda Ramatoulaye quien hace su propia descripción vestimentaria: “en la cabeza llevo un pañuelo negro. Frente a mí, un capillo nuevo comprado para la ocasión recibe las primeras limosnas.” (Bâ, p.14). Otra etapa que cabe destacar es la de dar el pésame a la familia enlutada después de la sepultura. Dicha etapa no escapa tampoco de la visión novelesca de Bâ en su captación de una realidad africana y musulmana. En Senegal tal y como se cuenta en la novela, el pésame ritma con alabanzas hacia el finado:

Tras lavarse las manos en una palangana colocada en la entrada de la casa, los hombres que han vuelto del cementerio desfilan ante la familia agrupada en torno a nosotras, las viudas.

Presentan sus condolencias aderezadas con alabanzas hacia el desaparecido:

- Modou, amigo de los jóvenes y de los ancianos...
- Modou, corazón de león, defensor de los oprimidos.
- Modou, tan elegante con un traje como un caftán...
- Modou, buen hermano, buen marido, buen musulmán.
- Que Dios le perdone...
- Que añore su estancia en la tierra, frente a la felicidad celestial...
- ¡Qué no le pese la tierra!

Bâ (1982:15)

En la otra obra de nuestro corpus, *Historia de una escalera* de Buero Vallejo aparece también el aspecto cultural relativo a los rituales funerarios. Pero a diferencia de Bâ, el dramaturgo español no expone de manera lineal las varias etapas de los ritos funerarios tales y como aparecen en la novela *Mi carta más larga* de la escritora senegalesa. No es nada sorprendente dicha diferencia cultural en ambas obras de nuestro corpus. Porque aunque Buero Vallejo es un escritor de dimensión universal, la realidad de su sociedad constituye la base que sustenta su trama dramática. España es un país católico, pues una cultura diferente de la cultura musulmana. Quizás sea por eso, a pesar del misterio de la muerte, muchos detalles no aparecen sobre los ritos funerarios. Pero, a pesar de la cuneta entre las civilizaciones musulmanas y occidentales, notamos una semejanza en ciertos aspectos relativos a los funerales. Es el caso de la presentación de las condolencias por los vecinos a la familia enlutada. Hemos visto que, a semejanza de muchos otros personajes, Fernando y Elvira se aperciben a dar el pésame a Carmina cuyo padre ha fallecido:

Fernando – Puedes salir. No hay nadie.

(Entonces sale Elvira, con un niño de pecho en los brazos. Fernando y Elvira visten con modestia. Ella se mantiene hermosa, pero su cara no guarda nada de la antigua vivacidad.)

Elvira – ¿En qué nos quedamos? Esto es vergonzoso. ¿Les damos o no les damos el pésame?

Buero Vallejo (1949: 21)

Esta actitud de los personajes buerianos que se juntan a la familia enlutada para superar el peso del sufrimiento moral atestigua el carácter solidario de ser humano dondequiera que sea. Más, es una junción de ambas tramas de nuestro corpus, es decir de *Mi carta más larga* e *Historia de una escalera*, pues un punto de convergencia de las civilizaciones católica y musulmana. Sin conocerse y con géneros diferentes, tanto Ba como Buero Vallejo zafan por poco que sea para orientar sus visiones literarias hacia la evolución de la sociedad mediante la práctica de los ritos funerarios. En la cosmovisión, después de la desaparición de una persona, existen días ceremonias en memoria del desaparecido. En la sociedad musulmana, se trata del primer día, del tercer día, del octavo día o del día cuarenta. El tercer día es un día de reverencia en memoria del desaparecido.

En este día, las visitas de amigos y vecinos a la familia enlutada son ininterrumpidas. En la sociedad senegalesa, este tercer día de luto es importante, pues marca la aflicción sentida para el desaparecido y sobre todo por la soledad y el sufrimiento en la tumba sin ningún apoyo de otra persona. Después de la vida, el primer día es para cada desaparecido a solas el primer día de la prueba.

La muerte es un misterio invisible que nadie puede calcular y tampoco evitar. En África musulmán, la muerte es del misterio de Dios quien decide cuando quiere. En la concepción cristiana, es el fruto de la obra humana, pues el precio merecido para nuestro pecado. De todos modos, existe una fuerza inteligible cuando sabemos que después de la vida terrenal, son los Ángeles que vienen a recuperar el alma del desaparecido en dirección al paraíso o al infierno. Este día del encuentro de los Ángeles con el muerto puede ser el tercer día, el octavo día o el día cuarenta después de la muerte. En las religiones musulmana y cristiana, son días de ceremonias funerarias durante los cuales los seres humanos, en sus oraciones, imploran a Dios para conceder más clemencia al desaparecido. El Islam y el Cristianismo son religiones que ofrecen instrucciones sobre las cuestiones que superan la existencia del ser humano. Estas instrucciones son respuestas al misterio metafísico que extraña la conciencia humana. Frente a este misterio de la muerte, el Islam trae soluciones a las preocupaciones de los musulmanes para salvar la duda de la conciencia humana. Asimismo, no es el ser humano que ha imaginado ni inventado los ritos funerarios. Son de la prescripción de Dios tal y como lo cuenta la narradora en *Mi carta más larga*:

¡Y sin embargo nos dicen que está escrito en el Corán que, al tercer día, el muerto se hincha y rellena su tumba, pero nos dicen que, al octavo, revienta; y también que al cuadragésimo se ha convertido en polvo! ¿Qué significado tienen entonces estos festines felices, institucionalizados, que acompañan los rezos para pedir la clemencia divina? ¿Quién viene por el interés? ¿Quién para satisfacer su sed? ¿Quién para complacer? ¿Quién para recordar?

Bâ (1982: 21)

Más allá de las recomendaciones religiosas, el ser humano y la evolución de la sociedad se han sumergido en el dogma religioso. De ahí, asistimos a un sincretismo ritual marcado por la combinación de la esencia islámica y de la mera voluntad de la expresión de la conciencia humana. En todo eso, lo que notamos es la perversión inyectada por la sociedad en el islamismo relativo a la organización de las ceremonias funerarias. Porque en *Mi carta más larga*, en vez de recogimiento en memoria del desaparecido, los visitantes transforman la ceremonia fúnebre en un día de festejo en el que muchas personas se ponen en desfile. Unos mostrando sus atavíos y otros hablando de su propio pasado de la infancia gritando y riendo como si estuvieran en pleno carnaval. Es esta mala actitud senegalesa que la novelista denuncia mediante la narradora Ramatoulaye quien expone la versión de la ceremonia funeraria de su marido en estos términos:

sigue el desfile de familiares ancianos, de antiguos conocidos, de *griots*, de joyeros, de *laobes* y su lenguaje cantarín. Decir “adiós” enerva cuando se sucede con una cadencia infernal, ya que no es sencillo ni gratuito: requiere según la calidad del que se marcha, o bien una moneda o un billete de banco. La casa se vacía poco a poco.

Olores nauseabundos a sudor y comida se mezclan con efluvios desagradables y empachosos. Hay manchas rojas de nuez de *kola* escupidas por todas partes: el suelo, que cuido con esmero, está negro. Manchas de grasa en las paredes, papeles esparcidos. ¡Vaya balance para un solo día! [...] El horizonte despejado me deja ver a una anciana. ¿Quién es? ¿De dónde viene? Agachada, con los picos de su *boubou* atados a la espalda, llena una bolsa de plásticos con restos de arroz rojo. Su rostro radiante habla del agradable día, que acaba de vivir. Quiere llevar buena prueba de ello a su familia que vive en Ouakam, Thiaroye o Pikine, quizá. [...] Sermonea entre dientes rojos de *kola* cuando al incorporarse se topa con mi mirada desaprobadora. [...] Señora, la muerte tan bella como lo fue la vida. Lo mismo ocurrirá desgraciadamente el octavo día y el cuadragésimo, en los que se acercarán los que se han enterado tarde. Se dejarán ver vestidos livianos que insinúan la esbeltez de la cintura, la prominencia de las caderas, el sujetador nuevo o comprado en el mercadillo de ropa vieja, palillos entre dientes, chales blancos o floreados, perfumes penetrantes a incienso y *gongo*, voces estridentes, risas agudas.

Bâ (1982: 20)

A lo largo de lo descrito por la narradora, nos da la impresión de que el momento de recogimiento se transforma en una ocasión de hallazgos y de exaltación en una sociedad regida por el respeto de las recomendaciones islámicas. Esta extravagancia denunciada por la novelista constituye una realidad en la trama dramática de *Historia de una escalera*. En esta obra teatral, Buero Vallejo recurre a los personajes para mostrar la extrapolación del ser humano en momento de luto. Hemos visto la actitud de Pepe cuando se le murió el padre. En vez del recogimiento para el descanso del alma de su padre, Pepe arma líos:

Pepe – Estás cada día más guapa... Mejoras con los años como el vino.

Trini – (*Volviéndose de pronto.*) Si te has creído que soy tonta como Rosa, te equivocas.

Pepe – No te pongas así, pichón.

Trini – ¿No te da vergüenza haber estado haciendo el golfo mientras tu padre se moría? ¿No te has dado cuenta de que tu madre y tu hermana están ahí (*señalando*), llorando todavía porque hoy le dan tierra? Y ahora, ¿qué van a hacer? Matarse a coser, ¿verdad? (*Él se encoge de hombros.*) A ti no te importa nada. ¡Puah! Me da asco.

Buero Vallejo (1949: 25)

Bien mirando la reacción de los personajes en ambas tramas literarias, notamos un gran parecido relativo a la organización de los ritos funerarios. Porque a pesar de la diferencia en las culturas, la buena vecindad y el sentido humano imponen a los personajes la amabilidad de juntarse con la familia enlutada para superar el dolor experimentado. Además, en la sociedad senegalesa como en la española que sustenta la trama dramática de *Historia de una escalera*, estas obligaciones morales son a veces desaprobadas por el carácter irresponsable del ser humano. En *Mi carta más larga*, hemos visto que la ceremonia funeraria es un momento de regocijo para muchos. Después de la sepultura, la gente acude masivamente a casa del desaparecido, y allí mujeres como hombres, en grupos olvidan rápidamente la tristeza para ponerse a contar sus historias personales. Por la mayoría, todos sentados en las esteras preparadas a este propósito, esperan la distribución

de la comida. En sociedad senegalesa radiografiada por la escritora, esta comida está acompañada con postre compuesto a menudo de agua fría, de leche cuajada o de zumo de frutas. Si por parte de los hombres, comen en silencio, la escena será ruidosa con las mujeres:

Flota excitante olor a *lakh* que se enfría en las calabazas. Y también desfilan los grandes platos de arroz rojo y blanco preparado in situ o en las casas de vecindario. Se sirven zumos de fruta, agua y leche merengada helada en vasos de plásticos. El grupo de hombres come en silencio. Quizá guarden en la memoria el cuerpo rígido, atado y bajado por ellos a una fosa abierta que tardó poco en sellarse. [...] La zona de las mujeres es muy ruidosa: risas sonoras, palabras altas, palmas, exclamaciones estridentes. Amigas que no se habían visto desde hacía mucho se abrazan con ruido. Unas hablan de la última tela que ha llegado al mercado. Otras explican de donde provienen sus paños bordados. Se cuentan los últimos cotilleos. Y se ríen y ponen los ojos en blanco y admiran el *boubou* de la vecina y la manera original de ennegrecer sus manos y sus pies con *henna*, dibujando figuras geométricas.

Bâ (1982:18)

Aquí una vez más comprendemos el sentido de los escritos de Bâ, novelista quien nos da a entender que el carácter feminista de una escritora no debe tener una sola visión resumida en defender la imagen de la mujer en la sociedad. El valor feminista de una escritora es la autenticidad de su tono literario que se compromete a exponer los vicios de la sociedad aun femenina cuando se presenta la ocasión. En efecto la muerte es un luto y las ceremonias funerarias son momentos de tristeza y de oraciones para que, en paz, descansa el alma del desaparecido. Pero en las ceremonias funerarias tanto de Modou Fall en *Mi carta más larga* de Bâ como de Gregorio en *Historia de una escalera* de Buero Vallejo, las circunstancias son otras cosas, y en las reacciones de los personajes de ambas obras, está el descontento de estos dos autores (Bâ y Buero Vallejo) para con la actitud de la sociedad concreta. En *Mi carta más larga*, hemos visto a la narradora quien desde lejos contempla a una mujer anónima que, en plena ceremonia funeraria, se pone a robar el arroz para llevárselo a su casa. La razón quizás sea para mostrar a los suyos lo estupendo que era este momento de la ceremonia. Con esta escena, se destaca una vez más la ambivalencia del tono novelesco de Bâ. Más allá de su interés por la recreación de las múltiples facetas de la cultura africana, una de sus preocupaciones queda la observación y el análisis de la actitud de la sociedad senegalesa. Porque la dama robadora del arroz solo es anónima en el mundo ficticio por el mero estilo novelesco de la autora en su voluntad de encarar a la sociedad senegalesa con su propia imagen. En efecto, este personaje sirve de empalme entre la ficción y la realidad. Mediante su mala actitud, la novelista nos invita a repasar el molleo del panteón de nuestra “teranga” senegalesa que, en ciertas circunstancias, pierde su auténtico sentido para tomar las dimensiones del egoísmo humano. Es en este sentido que debemos analizar la actitud de Pepe, un personaje que, en *Historia de una escalera* se emborracha en pleno duelo de la muerte de su padre. Normalmente, cualquier persona que va a presenciar una ceremonia funeraria debe tener conciencia del peso del luto y portarse como una persona entristecida. Pero contra la espera de la viuda Ramatoulaye, muchos hacen del ritual funerario un momento de reconquistar sus ahorros. ¿Esta actitud es una

amabilidad hasta denominarse “teranga”? Sobre todo si sabemos que el verdadero sentido de la “teranga” es la sinceridad, la piedad, la bondad de la sociedad senegalesa ante la situación ajena.

El tema de la organización de los ritos funerarios no es muy aparente en *Historia de una escalera* porque no murieron muchos personajes en la trama dramática. Fuera de la muerte de Gregoria seguida de un desfile de vecinos para dar el pésame a la familia enlutada, casi no existen otras sino la actitud del ser humano en estos momentos duros. Quizás sea del estilo dramático de Buero Vallejo quien siempre a partir de índice, abre una pista de reflexión al mundo lector. En cambio, en *Mi carta más larga*, seguiremos analizando la presencia de estos ritos a veces falseados por la conciencia del ser humano. Muchas etapas en estos momentos fúnebres marcan el funcionamiento de la trama novelesca de *Mi carta más larga* de la escritora senegalesa. Podemos subrayar por ejemplo el momento de la distribución de los caramelos, de bizcochos y de kola como ofrenda servida para el descanso del alma del muerto. Esta distribución de ofrenda no escapa de la visión novelesca de la autora:

Están aquí los compañeros de la infancia, con los que jugó al balón o cazó pájaros con tirachinas. Están aquí los compañeros de clase. Están aquí los compañeros de la lucha sindical. Los siguil ndigale se suceden, sobrecogedores, mientras las manos expertas reparten a los asistentes, galletas, caramelos, nueces de kola sabiamente mezclados, primeras ofrendas al cielo por el reposo del alma del desaparecido.

Bâ (1982: 15)

Al lado de esta secuencia quizás recomendada por el Islam, lo que ritma la atmósfera ceremonial es la introducción de las instrucciones nacidas de la propia imaginación del ser humano a la hora de respetar el dogma religioso. De hecho, cuando muere una persona en ciertas sociedades africanas y más precisamente la senegalesa, en vez de respetar a rajatabla las instrucciones islámicas, la solución consiste finalmente en esmaltar las ordenanzas religiosas con la tradición nacida del vivido cotidiano del ser humano. La llegada del Cristianismo y del Islam disminuye algo la importancia dada a la creencia en ciertos valores tradicionales, pero no pudo aplastar por completo las facciones de la tradición en la conciencia de muchas personas. No creemos que resulte de otra manera, pues cuando se presente la ocasión, en ciertas sociedades africanas, habrá siempre la incrustación de los valores tradicionales en las recomendaciones culturalmente religiosas. En la novela de Bâ, quizás la narradora no tenga nada que ver con ciertas tradiciones o quizás su mundo moderno haya abandonado muchas prácticas tradicionales. Porque muerto Modou Fall, no es Ramatoulaye su propia mujer ni solo los familiares de su difunto marido que se dedicaron a la limpieza fúnebre. Verdad que la literatura aun testimonial no es exacta por la inserción de la inventiva del autor que diezma o aumenta algo de/a la veracidad de la escena. Pero en el caso de la novela *Mi carta más larga* y de la trama dramática de *Historia de una escalera*, si existe algo que altera la veracidad del tono literario a propósito de los ritos funerarios, solo puede ser la pertenencia étnica y social del lector quien, bajo su vista, tiene estos renglones. En efecto, como ya lo dijimos al principio, la sociedad africana no es sola y uniforme desde el punto de vista cultural. Nuestro

continente está compuesto de varias etnias que de manera global forman el panteón de nuestra sociedad. Pero la pertenencia al mismo continente y a la misma raza, y la llegada del Islam y del Cristianismo no pudieron introducir en la sociedad africana una cultura nueva, neutra y totalmente común a todas las poblaciones. A la variedad étnica, corresponde la diferenciación cultural a pesar del peso de las recomendaciones de las religiones reveladas. Constituimos una sola y misma raza, la raza africana, pero los apellidos que llevamos unos diferentes de otros son signos de una categorización y clasificación étnicas, sociales y culturales en una misma raza dentro de la misma sociedad. Bà es, por su apellido, una mujer “toucouleur”. Al leer lo descrito en su novela a propósito de la cultura, quizás otra persona de una sociedad distinta vea una diferencia cultural en comparación con la práctica de su sociedad. Y quizás también una persona procedente del pueblo desconozca ciertos materiales citados por la narradora para la limpieza de su difunto marido. Pero digamos lo que digamos y sea lo que sea, la novelista y el dramaturgo español hacen de sus tramas literarias una recreación testimonial, una ficción- realidad de la sociedad senegalesa y española, y más de la sociedad universal en su cultura bajo la influencia de la civilización musulmana y cristiana. Nos conviene analizar ahora en las dos obras de nuestro corpus el casamiento, otra realidad de la cultura humana.

2. El casamiento

En su reflexión sobre el papel del escritor, Ayala (1958:21) dice que “escribe para todo el mundo y para nadie.” Que no sea pues una sorpresa si combinamos ambas obras de nuestro corpus, ya que a pesar de la diferencia de los contextos que sostienen cada trama literaria, estas dos obras ofrecen de manera general un estudio sobre el ser humano desde el punto de vista social y cultural. En esta parte, empezaremos por el análisis de la trama novelesca de *Mi carta más larga*. Y siempre intentaremos hacer comparaciones con lo entramado en *Historia de una escalera* mostrando lo común o la diferencia entre estas dos obras. Pero desde luego, queremos volver a la situación de Senegal, país de nacimiento de la autora. Esto nos puede permitir una mejor comprensión de la cuestión del casamiento en un periodo de encuentro entre los valores tradicionales, los fundamentos del Islam y el peso de la emancipación nacida de la escuela francesa. A partir del siglo XVI, la sociedad senegalesa se ha empapado progresivamente en la escolarización. Capital de la África Occidental Francesa, nuestro país fue marcado por la implantación de las escuelas francesas más importantes que en ninguna otra parte en África. Se podía notar, fuera de las cuatro comunas francesas, la eclosión de la alfabetización en Senegal. Los institutos en ciertas partes del país y la creación de la universidad de toda África del Oeste en Dakar (denominada más tarde Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar) marcan todos los progresos preponderantes de nuestro Senegal en el ámbito de la escolarización. Fue, pues la cultura occidental que iba implantándose en una sociedad arraigada en su islamismo y sus valores tradicionales. La lengua francesa se vuelve nuestra, y más la principal que garantiza el éxito en nuestra sociedad. La escuela francesa con el prodigio de su futuro extingue progresivamente la veleidat de la enseñanza coránica en ciertas partes de Senegal y se transforma en el lugar de frecuentación de muchos senegaleses pequeños hasta muy entrada la juventud. En este universo con instrucciones jurídicamente copiadas de la ley

francesa, evolucionan Aissatou y Ramatoulaye, dos protagonistas que para casarse se han enfrentado a los contrastes de la tradición y de la conciencia escolarizada. Por lo que se refiere al casamiento, la religión musulmana permite a los hombres casarse hasta con cuatro mujeres. Eso es una imitación al profeta Mouhamad cuando, después de tomar a las mujeres de sus guerreros caídos en las batallas, recibió por parte de Dios una recomendación que limita a cuatro el número de las mujeres con las que un hombre puede legalmente casarse. No es pues nada grave según el Islam si la poligamia no es un maltrato a la mujer o si no es por parte de un marido el abandono a su mujer por otra. Desgraciadamente en la sociedad senegalesa musulmana, uno de los suplicios del casamiento es la poligamia. No es la práctica que resulta tan dañina sino esta manera cómo los hombres ejercen la poligamia y que en la conciencia de la novelista merece denunciar. Asimismo, la poligamia contestada en la obra es la que consiste en casarse con una segunda mujer sin que la primera lo sepa. Si debe estar al tanto, será ante la evidencia, es decir cuando ya se realiza el casamiento con la segunda mujer. En la novela *Mi carta más larga*, la autora recurre a dos protagonistas femeninas, amigas desde niñas y que van a sufrir el mismo destino en su casamiento. Tomemos por ejemplo el caso de Aissatou, mujer culta que se había casado con Mawdo Bâ, médico de profesión. La pareja tuvo hijos. Pero en África cada sociedad tiene su realidad, y una de estas realidades contadas en la novela, es el problema de castas que va a invitarse en el casamiento hasta originar la poligamia no consentida. Mawdo Bâ es vástago de la casta noble. Y para la madre de Mawdo Bâ, esta nobleza es un orgullo que no se debe alterar ni perder. Por eso, en su alma nunca ha consentido el casamiento entre su hijo y Aissatou, una mujer a quien considera como una maldecida por su pertenencia a la casta joyera:

La madre de Mawdo es tía Nabou para nosotros y Seynabou para los demás. Tenía un nombre glorioso de Sine: Diouf. Es descendiente de Bour- sine. Vivía en el pasado sin tener conciencia de que el mundo estaba evolucionando. Se obstinaba en las creencias antiguas fuertemente vinculada a sus orígenes privilegiados, creía con firmeza en la sangre como vehículo de virtudes y repetía moviendo la cabeza que la falta de nobleza al nacer se veía en el comportamiento. La vida no ha tratado muy bien a la madre de Mawdo Bâ; perdió pronto a su marido querido, crió con valor a su hijo y a otras dos hijas, hoy en día casadas y... bien casadas. Le brindaba un afecto de tigresa a su “único hombre”, Mawdo Bâ, y cuando juraba delante de su “único hombre”, símbolo de su vida, había dicho todo. Ahora, “único hombre” se alejaba de ella, por culpa de aquella maldita hija de orfebre, peor que una griote. La griote porta la buena suerte, pero una orfebre... Que quema todo a su paso como el fuego de herrero.

Bâ (1982: 47)

Asimismo, para vengarse, la tía Nabou emprende un viaje saliendo de Dakar para acudir a Diakhao con la meta de visitar a Farba Diouf, un hermano menor suyo. Pero solo era un pretexto porque el verdadero motivo del viaje no era más que un plan idealizado para imponer la poligamia a su hijo. En camino de vuelta, trae a Nabou, hija de su hermano pretextando que la casa está vacía como están casadas sus propias hijas. En Dakar y en casa de Mawdo Bâ crecerá la pequeña Nabou cursando sus estudios hasta llegar a ser una

matrona. Todo había sido calculado por tía Nabou que espera el momento oportuno para imponer su propia visión a su hijo, pues imponerle la poligamia mediante el casamiento con una segunda mujer que no es más que la pequeña Nabou:

La pequeña Nabou se convirtió por tanto en matrona. Un día, tía Nabou convocó a Mawdo y le dijo: Mi hermano Farba te ha dado la pequeña Nabou como esposa para agradecerme la dignidad en la que la he educado. Si no la acepta como esposa, nunca lo superaré. La deshonra mata antes que la enfermedad.

Bâ (1982:52)

Aquí una vez más, descubrimos otra faceta de la cultura senegalesa relativa a la manera de casarse con una segunda esposa. Esta forma de contraer matrimonio es una traición denominada poligamia que la novelista quiere denunciar mediante la historia entre los personajes. El colmo pasará con Ramatoulaye, otro personaje femenino que guía la conciencia del lector hasta topar con la imagen de la sociedad senegalesa marcada por una cultura que falsea las instrucciones musulmanas, pues se practica casi a escondidas. Queremos antes de todo volver a ciertas secuencias de Ramatoulaye para ver cómo parte de la cultura senegalesa pudo trastornar su vida y hasta su matrimonio. Al salir de formación William Ponty, Ramatoulaye fue coqueteada por muchos hombres. Uno de ellos era Daouda Dieng un hombre de profesión médico y muy rico. La madre de Ramatoulaye quería que su hija se casara con este joven médico. Pero sus deseos chocan contra la mentalidad evolutiva, sinónima de una revolución de la conciencia de la juventud alfabetizada en la escuela colonial. Ya a semejanza de cualquier revolución, la escolarización es un canavá que conduce a los cambios ideológicos. Es la hora de la emancipación cultural que permite a las chicas tener la autonomía de elegir a sus propios maridos. Asimismo, la narradora rechaza la elección de su madre, es decir rechaza a Daouda Dieng para casarse con Modou Fall. Pero ella también se ha visto traicionado por su marido quien tiene una relación amorosa con una chica, amiga de su propia hija. Después de tantos momentos de amancebamiento con esta chica, Modou Fall decide casarse con ella a escondidas. Lo más curioso en toda esta historia es que la narradora no estaba al tanto de nada hasta el día de la boda cuando el Imán y Tamsir el hermano de Modou Fall irrumpieron al domicilio para decirle que Modou Fall acababa de ser marido de dos mujeres. Eso es la poligamia cuando un hombre se casa con más de una mujer. Pero, ¿podemos llamar poligamia la historia ocurrida a Ramatoulaye? Creemos que unas de las condiciones del Islam para la poligamia son las siguientes: el consentimiento de la mujer quien debe estar al cabo de los trámites. Además, el marido debe tratar con igualdad a las dos mujeres sin una discriminación alguna. También, el número de días dedicados a cada mujer deben ser iguales. Nada de todo esto hace Modou Fall quien no se ha sometido a ninguna aplicación de las instrucciones islámicas para proceder a su casamiento con una segunda mujer. Cometió en realidad el adulterio ofreciéndose a una chica de la misma edad que su hija. Y lo peor es cuando abandona definitivamente a su primera mujer con los hijos para la segunda esposa. A propósito de la novelista, Sipi (2022: 31) precisa que “hay que tener en cuenta que ser musulmán en África es diferente. Ella es musulmana, pero muchas de las cosas que explica no tienen que ver con ese mundo.” A semejanza de Bâ, en su obra dramática,

Buero Vallejo “utiliza el género teatral como medio de investigación sobre la realidad en general y sobre la naturaleza humana en particular.” Abellán (1996:13). En *Historia de una escalera*, segunda obra de nuestro corpus, aparece también el aspecto cultural relativo al casamiento. En esta pieza dramática basada en el mundo helenista, a pesar de la ausencia de la “poligamia”, el casamiento no radica en ninguna instrucción religiosa sino en el instinto sexual que une a seres humanos. Por eso, se nota con frecuencia que un personaje, en pareja, ya sale con otra. A lo largo de estas dos obras, el casamiento no tiene principios concretos, pues es un término que existe según el instinto del ser humano.

Conclusión

En resumidas cuentas, el estudio llevado en estas dos obras de nuestro corpus expone la realidad cultural del ser humano en circunstancias a la vez malas como felices. En la sociedad senegalesa musulmana casi no se puede claramente hablar de una cultura. Desde las ceremonias funerarias hasta los casamientos, se trata de sincretismo cultural nacido de una mezcla de las instrucciones del Islam con las creencias tradicionales. Es casi la misma realidad en *Historia de una escalera* donde lo que parece matrimonio solo es una forma de amancebamiento entre los personajes verdadero reflejo de la sociedad que sustenta la trama dramática. Bien mirándolo, en ambas obras, se trata en realidad de una expresión de valores nacidos de generaciones humanas que sumergen sus vidas y sus milagros en lo que se llamaría la cultura. Quizás sean dichas prácticas falseadoras de la autenticidad cultural las que denuncian Bâ y Buero Vallejo a través de los personajes de sus obras literarias.

Referencias bibliográficas

- Abellán, J. (1996). “Buero Vallejo: el teatro como medio de conocimiento”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 1(21):13-25
- Asin Palacios, M. (1932). *Abenhazen de Córdoba y su historia critica de las ideas religiosas*, Madrid, Guadarrama
- Ayala, F. (1958). *El escritor en la sociedad de masa*, Buenos Aires, Sur
- Bâ, M. (1982). *Mi carta más larga*, Dakar, NEAS, trad. Sonia Martin Pérez
- Buero Vallejo, A. (1949). *Historia de una escalera*, Madrid, Espasa-Calpe
- Longas, P. (1990). *La vida religiosa de los moriscos*, Granada, Castalia
- Lozoya, M.C. (2006). “Ensayo de rituales de enterramiento islámicos en Al-Andalus”, *AnMurcia* 22, Universidad de Granada, pp.149-161
- Sipi, R. (2022). “Mi carta más larga de Mariama Bâ”, *Mundonegro*:29-41